

explica San Agustín, que son miembros de su cuerpo (1). A los que son conformes á la imágen de su Hijo, que es el primogénito de los predestinados, á estos llama el Padre á la posesion de su gloria (2). Así como para comunicarse Dios con el primer hombre y tener en él sus complacencias, le hizo á imágen y semejanza suya; así tambien, para dar al hombre regenerado la herencia y la gloria, que como á hijo le ha ofrecido, exige de él que se haga conforme á la imágen del primogénito de los hermanos, que, con sus méritos, compró esta herencia para todos.

Ahora bien: ¿cuál es el carácter del espíritu de Cristo? Naturalmente comprendemos que es lo contrario al espíritu que dominó al primer hombre, puesto que, dando pasos opuestos á los que este diera, vino el Salvador á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. El principio de accion que el soplo de la serpiente infundió en el primer hombre, fué el orgullo; el principio del pecado, dice el Sábio, es la soberbia (3); y las grandes catástrofes de la humanidad, á ella deben su origen. El principio, pues, que forma el carácter especial de Jesucristo, es la humildad: por ella viene toda virtud; por ella toda elevacion. El mismo lo dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y tendreis paz para vuestras almas (4).» La humildad brilla en su doctrina; la humildad en sus actos; la humildad en sus prodigios; la humildad, en fin, resplandece en el mayor

(1) Si enim separatur à corpore Christi, non est membrum ejus: si non est membrum ejus, non vegetatur Spiritu ejus. Quisquis autem, inquit Apostolus, Spiritum Christi non habet, hic non est ejus. (S. Aug., tract. 27 in Joann.)

(2) Rom. VIII, 29.

(3) Eccli. X, 15.

(4) Matth. XI, 29.

de ellos, en el Sacramento de nuestros altares. Unidos por él á Jesucristo, debemos vivir de su espíritu, debemos participar de su humildad, para que por ella se obre nuestra elevacion, segun él mismo nos dice: El que se humilla será exaltado, así como el que se exalta será humillado (1). Siendo, pues, este el carácter de Jesucristo en su doctrina, en su vida, y de un modo especial en ese augusto Sacramento, y siendo ella el fundamento de su gloria y de la nuestra, debemos ocuparnos detenidamente de esta virtud, base de todas las virtudes. Escuchad mi proposicion. El catolicismo, por el camino de la humildad, conduce al hombre á la verdadera grandeza: primera parte. La humillacion voluntaria de Jesucristo en su vida mortal y en su vida eucarística lo confirma, y nos ofrece el modelo más perfecto y el resultado más glorioso: segunda parte.

PRIMERA PARTE.

El Catolicismo, Señores, puede reducirse á estas dos ideas: la creencia de la verdad; la práctica de la virtud. Por ello ha sido siempre la religion que ha triunfado del entendimiento y del corazón del hombre, porque es la religion que alimenta y vivifica todo su sér. El hombre necesita para su vida perfecta ó total una idea, un sentimiento y una accion. Dotado de inteligencia, á imágen del Criador, su razon se alimenta con la idea, con la imágen que se forma en su entendimiento; pero esa idea, para ser alimento verdadero del alma, ha de llevar

(1) Luc. XIV, 11

el sello de la verdad; es decir, ha de expresar la realidad de las cosas y sus mútuas relaciones. La ficción, la ilusión, el error, no satisfacen el hambre de la inteligencia. Enriquecido con la facultad de amar, necesita el hombre de un sentimiento, de una pasión, en el sentido noble y propio de esta palabra, que nace de la misma idea que el entendimiento ha concebido. Ennoblecido con el poder de obrar, necesita, para el completo de su vida, ó más bien para la manifestación de ella, de una acción que la patentice á los demás. Esto se explica con la semejanza de Dios que hay en la criatura racional. Dios existe eternamente; y esta existencia engendra en él una idea de sí mismo, el conocimiento de sí mismo, el Verbo eterno, que es el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios, la imagen de su bondad (1), y la figura de su substancia (2); y esta idea, este Verbo produce con el Padre un sentimiento que mútuamente los enlaza; produce el amor, el Espíritu Santo. Así en el hombre. Existe; por ello tiene idea de sí mismo; y esta idea engendra un sentimiento, el amor de sí mismo. Tiene idea de los demás seres, y esta idea le conduce á amarles; y este amor de sí mismo y de los demás, se manifiesta en sus obras (3). Para que el hombre tuviera en su alma ese alimento de la verdad y del amor, que se había corrompido en él por el pecado, vino Jesucristo, el Verbo hecho carne por obra del amor, y le comunicó la verdad y la vida de Dios, regularizó su inteligencia, or-

(1) Sap. VII, 26.

(2) Hebr. 1, 3.

(3) *Nos quidem in nobis, tametsi non æqualem, imo valde longèque distantem..... imaginem Dei, hoc est, summæ illius Trinitatis, agnoscimus. Nam et sumus, et nos esse novimus, et id esse ac nosse diligimus.* (S. August. de Civit. Dei, lib. 11, cap. 26.)

denó su voluntad ó su amor, y puso ley á sus acciones. Hízolo con la primera, dándole conocimiento de la verdad por la fe; con las segundas, enseñándole la práctica de la virtud, de que él mismo se presentó como modelo.

Jesucristo es el tipo de la perfección; el original divino al cual ha de ajustarse el que quiera tener parte en la herencia de Dios; el modelo del hombre regenerado, que hecho Hijo de Dios, miembro de Jesucristo, que vive de su misma vida, ha de estar animado de los mismos sentimientos, y expresarlos con actos semejantes á los de su modelo. Escuchad á San Pablo: Tened interiormente en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesus, el cual, siendo igual á Dios, se anonadó á sí mismo, tomando la forma de esclavo, haciéndose semejante á los hombres y presentándose como tal. Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz; por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (1). Esta es la base del Catolicismo: la participación de los sentimientos de Cristo, de su abatimiento voluntario, de su obediencia espontánea y perfecta, de su humildad: el término del Catolicismo es la glorificación con Jesucristo por medio de la humildad. Antes de ser regenerado, alimentaba el hombre en su espíritu el deseo de la grandeza, aspirando á ella por el orgullo y por sus propias fuerzas: el hombre regenerado alimenta el mismo deseo, pero aspira á su término por la humildad y por la gracia de Jesucristo. El primero seguía la inspiración de la serpiente;

(1) Philip. II, 6 ad 11.

el segundo sigue la inspiracion del Hijo de Dios. ¿Cuál es esta inspiracion? Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: el que quiera ser grande entre vosotros, sea el último, sea el siervo de todos (1).

¿Qué es la humildad? Es, dice Lacordaire, una aceptacion voluntaria del lugar que se nos ha señalado y de justicia nos toca en la gerarquía de los séres (2). Es la apreciacion que cada uno hace de sí mismo, por el conocimiento de lo que realmente es (3); y valiéndose de la sublime expresion de Santa Teresa, la humildad es la verdad; es decir, la idea verdadera que el hombre forma de sí mismo, el sentimiento que nace de esa idea, el hábito de obrar en armonía con ese sentimiento. Por ello podemos considerarla como virtud del entendimiento y del corazon: en el primer sentido es la verdad, en el segundo es la justicia.

El hombre, segun la doctrina que antes hemos sentido, vive de sus ideas. Cuando estas son falsas ó erróneas, producen en el corazon un sentimiento errado, vicioso tambien, en conformidad con aquellas. Concebida, por ejemplo, una idea falsa de Dios; miradle como un tirano cruel, que se gozara en el mal de los hombres, y naturalmente sentireis en vuestro corazon el terror y el odio. Concebid de Dios la idea verdadera: miradle como un padre todo amor y deseoso de vuestra felicidad; que si os impone sacrificios, es para que sean semilla de engrandecimiento y de gloria inefable en el seno de su amor; y al punto os sentireis movidos á amarle con todas las fuerzas de vuestro corazon. Apliquémoslo á

(1) Matth. XI, 29.

(2) Lacordaire: Conferencias de Nuestra Señora de París. Año 1844, Conf. 1.^a

(3) Ex intuitu propriæ conditionis voluntaria mentis inclinatio. (Hugo à S. Vict., opusc. de fruct. carn. et spir.)

nuestro propósito. ¿Cuál es la idea verdadera del hombre? La que nos da la Religion Católica. Es una criatura de Dios, subordinada á Dios, de quien recibe la vida, la inteligencia, la libertad, cuanto es, cuanto tiene, cuanto espera. Es una criatura que nada tiene de sí misma: todo lo ha recibido de Dios; que si algo tiene suyo es el mal, el desórden que ha introducido en sí misma el pecado, la corrupcion que la degrada, porque la aparta de Dios. Falsead estas ideas, como lo hizo la serpiente en el día de la tentacion primera, y como lo hacen las doctrinas anticatólicas, perpetuando aquella tentacion. Creed que todo lo que sois, lo sois por vosotros mismos; que la grandeza de vuestra alma es vuestra, no recibida de Dios; creed que todas las cosas, por lo mismo, os pertenecen con independencia de Dios. ¿Cuál será el resultado? ¿Cuál será el sentimiento que esta idea falsa producirá en vosotros? El que produjo en el primer hombre, y en cuantos erradamente se alimentan de semejante idea: el orgullo, la soberbia, el espíritu de insubordinacion, de independencia. Pasemos adelante. La idea se anima con el sentimiento y se manifiesta por la accion. Cuando el sentimiento que la anima es errado y vicioso, produce una accion viciosa tambien; cuando es legítima y noble, produce acciones virtuosas y santas. La idea y el sentimiento del orgullo enjendran el egoismo, el carácter de la dominacion, la rebelion: la idea y el sentimiento de la humildad producen la sumision, la obediencia, la armonía, el sacrificio, la humildad práctica.

Convenimos, pues, Señores, en que el hombre ha de tener precisamente de sí mismo, ó una idea y conocimiento erróneo, ó una idea exacta y verdadera: que la primera engendra en su corazon el orgullo, la segunda la humildad; ó lo que es lo mismo, la primera conduce al vicio, la segunda á la virtud. Ahora bien: esa idea

falsa del hombre tiene su origen en los sistemas del error, reproduccion de la palabra de la serpiente, que han venido á dar por consecuencia de sus diferentes principios, que el hombre lo es todo en sí mismo, de sí mismo y para sí mismo; que en él está el principio y el término de su grandeza; que todo le está subordinado absolutamente; que su sabiduría, su riqueza y su poder le dan un derecho de autoridad sobre el ignorante, el pobre y el débil; que es soberano, en fin, en el orden de la naturaleza, de la familia y de la sociedad; que es un Dios, el Dios de sí mismo, que puede aspirar á serlo de los demás, y aun Dios de Dios. La idea verdadera la da el Catolicismo, que dice al hombre: eres grande, es verdad; eres el príncipe de la creacion, el rey de la naturaleza, si así te place llamarte; pero rey y príncipe tributario de un Rey absoluto y eterno; rey y príncipe destronado porque te rebelaste contra tu Señor natural y supremo, y á quien por lo mismo insultan todas las criaturas. Eres la imágen y semejanza de Dios por la creacion; eres hijo de Dios por la redencion; pero todo lo has recibido de Dios; sin él nada eres. Ni son tuyas tus riquezas, ni tu talento superior, ni tu gracia, ni siquiera tu existencia. Son dones que Dios te ha concedido, y á él debes agradecerlo. Sin él estarías en la region de la nada: cuando á él plazca lo perderás todo, y acabará tu vida, sin que una hora, un instante tan solo puedas alargarla. Estás destinado á la grandeza, á la gloria del saber, á la gloria del cielo, sobre todo; pero esto lo debes á Dios, que ha querido distinguirté más ó menos, y ostentar en tí las riquezas de su bondad, con la comunicacion de sus perfecciones y de su gracia, con la esperanza y la promesa de la felicidad eterna. Debes pedirla como un don y esperarla de Dios; debes negociar tus talentos; debes merecerla de Dios.

Sentado que todo sentimiento es un principio de accion para el hombre, veamos la conducta que el orgullo inspira al que de él se alimenta, y la que inspira el Catolicismo con el principio de la humildad. El orgullo conduce al hombre á una soñada independenciam de Dios, á no obedecerle, á despreciarle. Tal fué el primer efecto de la soberbia en Adan; y desde él, cuantos han abrigado en su seno esa serpiente, han dicho: «*Non serviam* (1); no serviré á Dios. He engrandecido mi lengua, he elevado mis ideas. ¿Quién es mi Dios? (2) Coronémonos de rosas, entreguémonos al placer, dominemos por do quiera, hagamos ostentacion de nuestra lujuria; nada nos resista (3).» Ese orgullo ha producido las herejías y los cismas en la Iglesia (4); ha hecho á los filósofos, adoradores de sus ideas; ha causado las revoluciones en la sociedad (5); ha movido siempre al hombre en direccion opuesta al impulso de Dios. Para satisfacerle, nada le han parecido los crímenes, porque el orgullo, amados mios, es la ambicion de gozar, es la ambicion de mandar, de ver á todos los seres temblando, pedir un don y besar las plantas del soberbio. Este se complace en decir con el demonio: «Todo esto te daré, si cayendo á mis piés me adoras (6);» aunque despues esté muy lejos de cumplir su promesa. El orgulloso, no solo es enemigo

(1) Jerem. II, 20.

(2) Psalm. XI, 5.

(3) Sap. II, 8.

(4) Alia secta in Africa, alia in Oriente, alia in Ægypto, alia in Mesopotamia; sed una mater, superbia, omnes genuit. (S. August., lib. de Pastor., cap. 8.)

(5) Non est pax, non est quies, nisi in humilitate. ¿Quid enim mundum inquietat nisi ambitio et superbia? (S. Thom. Villan., Serm. 2 in Ascens. Dom.)

(6) Matth. IV, 9.